

EDMUND HUSSERL⁽¹⁾
(1859 - 1959)

La figura eminente de Edmund Husserl no es sólo un acontecimiento histórico-personal necesario de destacar, como siempre acontece al recordarse aniversarios de hombres de quienes somos deudores por su obra y su conducta. Más bien, importa una plena consciencia de la historicidad específica inherente a su propia labor de investigador y filósofo, y a su propia postura personal frente a los sucesos histórico-epocales en los que le tocó vivir. Los problemas del pensar histórico, los de la comprensión vivencial de los hechos inmanentes en la historia de la vida misma de Occidente, el "destino espiritual de Occidente", como él gustaba decir, nunca le fueron extraños. Por el contrario, era una forma privativa de la substancia misma de su pensamiento y de su acción intelectual. Precisamente, por eso, en el estudio de la crisis de la humanidad europea centró una parte fundamental, muy esencial, de su solitario trabajo de pensador, justo en los turbulentos últimos años de su fructífera vida, por desgracia, de los más trágicos y decisivos en la vida institucional y cultural de la vieja Europa. Sobre la significación humana de esta actitud personal e intelectual, singularmente ejemplar para los pensadores de nuestra América, se quiere hablar en lo que sigue.

Este año de 1959 se celebra el centenario de su nacimiento.

⁽¹⁾ Este artículo reproduce el texto de la ponencia presentada a la Sección Homenajes del VI Congreso Interamericano de Filosofía, realizado en Buenos Aires entre el 1º y el 5 de septiembre del etc. año.

Aconteció el 8 de abril de 1959, en Prossnitz in Mahren, antigua localidad de Moravia, de población eslava, que pertenecía posteriormente a la república checoslovaca. Se asentaba allí una de las comunidades judías más antiguas de la región y estaba peculiarmente influida por el genio nacional alemán. Allí mismo despertó a la fructífera vida espiritual, de enorme significación filosófica y de influencias innegables para los menesteres intelectuales de nuestro siglo. Pronto pasó a la Universidad de Leipzig, aconsejado por su amigo Masarik, más tarde primer presidente de Checoslovaquia, para su posterior preparación intelectual. Después, siguió en Viena las enseñanzas de Franz Brentano y bajo el magnífico magisterio de éste, tomó contacto con la obra de otro egregio pensador, Bernhard Bolzano; ambos fueron los filósofos que más directamente influyeron en Husserl. A través de ellos, y en su propia fuente, bebió gran parte de la tradición filosófica medieval europea. Con el correr de los años, independizándose de los ambientes filosóficos de la Alemania de aquellos días, casi con el despuntar del nuevo siglo, empezó a desbrozar y recorrer el grandioso horizonte espiritual que el "tono" de los nuevos tiempos estaba dictando a los oídos de las más atentos... La reacción contra el positivismo naturalista, la descripción minuciosa del fenómeno dado, la crítica al constructivismo subjetivista, el giro hacia lo concreto, la vuelta hacia las cosas mismas... todas eran frases cuya significación última radicaba en retrotraer la meditación filosófica no hacia la actitud racionalista de dar cuenta de la realidad en meros términos de razón, o de los problemas filosóficos últimos en simples términos de cosificación naturalística, sino, por el contrario, hacia la actitud objetivista de dar cuenta de las modalidades específicas de los fenómenos concretos de lo real, sobre la base de una genuína analítica descriptiva que no violenta la estructura peculiar de los fenómenos mismos, sino que los describe en la pura plenitud de su concreción manifestativa. Era ésta la voz de una nueva edad filosófica, tras el cansancio de tanto cientificismo naturalista, que comenzaba a oírse hacia comienzos de 1900 y fue precisa-

mente Husserl, con su *filosofía fenomenológica*, en aquellos gloriosos años del pensar novecentista, su más preclaro y consciente portavoz.

Sus profundas enseñanzas no fueron realizadas en vano. El constructivismo idealista neokantiano, la filosofía dominante en la Alemania de entonces, comenzaba a batirse en retirada en todos los ámbitos del pensamiento filosófico alemán, alrededor de aquellos angustiosos años que preludiaban los comienzos mismos de la primera guerra mundial. Cuando hacia 1913 publicó su gran libro, *Ideas relativas a una fenomenología pura y filosófica fonemenológica*, abría, en los momentos iniciales de la gran hecatombe que ensombreció la vida histórico-cultural europea, uno de los capítulos más decisivos y progresistas del filosofar occidental, agudamente anticipado un decenio antes, con sus famosas *Investigaciones Lógicas*, que significaron la recta apertura hacia la nueva actitud fenomenológica.

A partir de aquellos años, la escuela fenomenológica, con su propio *Anuario*, cubrió plenamente el gran período de la filosofía alemana que va desde 1915 hasta 1930, quizás el período más fructuosamente logrado por la filosofía actual en lo que va de nuestro siglo. Las magnas contribuciones de pensadores como Max Scheler, para la ética, la teoría del conocimiento, la antropología filosófica y los problemas relativos a las ciencias de la sociedad y la cultura; Emil Lask, para la lógica de la filosofía y la posibilidad de una síntesis de kantismo y fenomenología; Gerahrd Husserl, para la filosofía del derecho; Moritz Geiger, para la estética; Rudolf Otto, para la filosofía de la religión; Nicolai Hartmann, para la gnoseología y la ontología general de la realidad; Martín Heidegger, dirigida hacia una escueta descripción analítica-existencial del hombre, en busca de un nuevo replanteamiento del eterno problema del ser; y las de tantos otros, revelan la plenitud creadora no sólo del método y de la actitud fenomenológicas, sino también, la de ese gran período de la filosofía alemana de nuestros días.

En todo este amplio movimiento intelectual, Husserl ha tenido una decisiva significación histórica, en parte, por su propia obra filosófica, en parte, por su personal gestión mentora. Fue quien inauguró, plenamente, esa gran ruta de aventuras y desventuras de la filosofía actual. Fue quien precisó, con mano maestra, el sentido y los alcances del gran giro anti-naturalista contra el positivismo del ochocientos, proyectando la filosofía hacia un horizonte de amplitud filosófica, de remozamiento del filosofar, como era necesario esperar tras el dominio imperial de la actitud científico-naturalística, en vías de agotamiento a comienzos de nuestro siglo. Su método fenomenológico, finamente elaborado en sus aspectos más varios y de amplia aplicación a todas las regiones de la realidad, importaba una descripción atenta, fiel y minuciosa de lo dado, del fenómeno en la concretez de su aparición, sin que se introduzcan en tal descripción ingredientes de ninguna índole, ni constructivos-subjetivos al modo del idealismo racionalista, ni meramente perceptivos al modo de la filosofía tradicional. Esa descripción cuidadosa del horizonte intencional, grávida de consecuencias insospechadas para la faena filosófica, debía atenerse sólo a lo dado en tanto que meramente dado. Era un respiro de aliento en la raíz misma de la filosofía, que ahora giraba hacia nuevas posturas, en las que se reivindicaba el derecho inalienable de lo concreto, de la presencia fenomenológica, apariencial de por sí, del fenómeno mismo. Tal fue, en sus primeros comienzos, de formación, en cierto modo racionalista y casi matemática, el planteamiento inicial de Husserl que habría de irrumpir y proyectar, tras él, casi toda la filosofía actual, barriendo, literalmente hablando, con aquellos intentos idealistas del neo-kantismo, del neo-hegelianismo, del neo-positivismo, etc. Tal como decíamos recién, con esa irrupción descubriase el vasto campo meditativo del influyente movimiento fenomenológico que abarcó amplias disciplinas de la mente: desde los problemas de la ética, de la sociedad, de la ontología general de la realidad, de la historia, de la religión, de la gnoseología, hasta el propio planteamiento heideg-

geriano que se mueve en el intento del más puro deseo de lograr una “descripción fenomenológica” del sentido del ser, por decirlo así, aunque sea con expresión metafórica.

Toda esa corriente de pensamiento, vinculada estrechamente a la más estricta filosofía actual, representaba una renovación, trastrocadora, del filosofar mismo, de honda significación, incluso como acontecimiento histórico. Con el mismo ímpetu y otras denominaciones, en Francia, en España, en Estados Unidos... acontecía lo mismo, prolongándose su influencia directa hasta nuestra América. Aparecía por imperio de los hechos, como una ineludible necesidad de la época. A ella sirvió, magistralmente, una gran parte de la labor filosófica de Husserl, la que llenó espléndidamente la vida espiritual alemana en los tiempos previos al advenimiento de la gran tragedia nazista. Aquellos tiempos en que todo el trabajo intelectual de los fenomenólogos, con la dirección maestra de su ilustre creador, se concretó en la magna escuela fenomenológica, desgraciadamente desaparecida, tras tantos avatares de la vida histórico-social de los últimos decenios: los tiempos miserables de la preguerra, en los que el nazismo “liquidó” todo vestigio de pensamiento espiritual no-totalitario, que al decir de sus panegíricos “estaba contaminado con sangre noria”. Aquellos angustiosos meses de 1933 en los que se le comunicó oficialmente a Husserl que le estaba prohibida la entrada, por su condición de hebreo, a la vieja y venerada Universidad de Friburgo, que había adquirido notoriedad mundial precisamente por el magisterio husserliano; a él, que había brindado justamente a esa Universidad, su noble vida intelectual consumida en el holocausto del perenne cultivo del espíritu y de la razón humanas. Fue éste un rudo golpe, profundamente sentido en la venerable ancianidad del insigne filósofo, que le tocó en lo más íntimo de su ser.

Y precisamente éste, es el instante sublime de la gran actitud personal del eximio pensador cuyo centenario conmemoramos. Él, que siempre había estado atento a una seria y profunda tarea meditativa, en el más pleno silencio de la concien-

cia pensante, abrió sus ojos y proyectó su inmenso saber, y su vida misma, al estudio de la tragedia histórica inedita en la que el mundo de la humanidad europea vivía los momentos previos al gran desastre de la segunda guerra mundial. El anciano filósofo no se exiló de Alemania. Por el contrario, pasó allí los últimos años de su gloriosa vida. Y cuando toda esa circunstancia socio-cultural lo constreñía; cuando, incluso, su vida personal y su obra manuscrita corrían el peligro inminente de desaparecer, escribió por aquellos días, a uno de sus correspondientes, unas sinceras palabras preñadas de profunda confianza en el porvenir y de consciente reafirmación de los perennes valores del espíritu, que son necesarias recordar:

“...Y nosotros, los viejos, nos quedamos aquí. Giro singular de los tiempos, que proporciona al filósofo —si no le quita el aliento— muchos temas de meditación. Pero ahora, *Cogito, ergo sum*, es decir, pruebo *sub specie aeterni* mi derecho a la vida, y esto, la *aeternitas* en general, no puede ser arrebatado por ningún poder terrenal” (1).

De este modo afirmó decisivamente, con sus palabras y su actitud, el significado último con que había pensado y escrito su obra, y con la cual había formalizado su postura personal ejemplar. Sin embargo, no obstante este proceder, revélase en sí mismo de un modo claro, el sentido genuino de su honda tragedia personal, singularmente presente al final de su larga vida, cuyo testimonio innegable surge en sus ingentes páginas manuscritas milagrosamente salvadas de la barbarie nazi. Primero, porque sus discípulos inmediatos siguieron otras rutas no sólo intelectuales, sino también personales, cuando se impuso el distanciamiento forzoso que había provocado el régimen nazista, al cual muchos de ellos asintieron sin retaceos. Luego, porque el horizonte de pensamiento que la fenomenología le ofrecía era tan amplio que él veía como imposible llenarlo con su vida, y porque su pensar mediativo, no es posible referirlo aquí, en

(1) MARVIN FARBER, *Husserl*, pág. 11, Buenos Aires, 1956.

cierto modo, había agotado el planteamiento inicial fenomenológico. Finalmente, porque la vida socio-cultural de los años oscilantes alrededor de su vejez había quebrado, desgraciadamente, a la "humanidad europea".

Así emerge, en su noble senectud, un segundo y oculto aspecto de la labor filosófica husserliana: aquel aspecto que se refiere a los problemas de la conciencia de la historicidad, de la preocupación por el sentido histórico y concreto de la vida humana, de su existencia, de su filosofar, de su destino. Nunca habían sido ajenos a él. Pero ahora, al contrario de la época anterior, en la historia misma de su desarrollo intelectual, tales problemas se llenaban de un *contenido* que había estado ausente en sus comienzos. En sus primeros tiempos, quizás con un sentido un poco racional-esquemático, había hablado, casi sin contenido histórico-vital, de la posibilidad de una ciencia fenomenológico-trascendental de la historia (2). Ahora, tras los cambios acontecidos tanto en la sociedad como en su vida personal, la conciencia del problema de la historia se llenaba de un nuevo contenido, de *historicidad*, que estaba ausente en su pensamiento anterior. Es decir, se concretaba en algo más objetivo, en algo así como un dato previo concreto de validez integral *antes* del proceso "idealista" fenomenológico de la *constitución del objeto*, cuestión ésta que era y fue siempre su "problema cumbre", desde aquellos años posteriores a la publicación de sus famosas *Ideen*. . . Ese *contenido* de historicidad de la vida humana misma, ese *substratum de habitualidades*, según su propia denominación, y que implicaba un cambio radical en su concepción anterior del "yo", se cubrió con un nuevo sentido y el cambio, que ya era evidentemente perceptible en sus *Meditaciones Cartesianas*, se hizo más palpable y veráz en el Tomo II de sus *Ideas*. . ., hasta hace

(2) Con referencia a esta problemática puede consultarse un testimonio evidente: la reciente publicación, bilingüe, de las pocas cartas intercambiadas, hacia 1911, entre W. Dilthey y E. Husserl, a propósito del "historicismo" y otras cuestiones similares. Véase *Correspondencia entre Dilthey y Husserl (1911)*, edit. por Walter Biemel, en "Revista de Filosofía de la Universidad de Costa Rica", Vol. I, núm. 2, 1957.

pocos años aún inédito. En esta nueva obra aparece el concepto de *motivación* significando a un elemento que se contrapone radicalmente con el de la estricta causalidad, imperante en el mundo de la naturaleza. La motivación surge como ley fundamental del mundo del espíritu y como la esencia misma de la vida histórico-social, es decir, el mundo de la cultura. La motivación, el proceder por fines, es lo que configura la actividad humana "sui generis", y su conducta, no sólo frente a la sociedad misma, sino también frente a la naturaleza. La naturaleza muestra, en cierto modo, pasividad, relatividad; el mundo del espíritu y de la cultura, con la motivación como ley básica, muestra por el contrario, al decir de Husserl, un decisivo carácter de absolutez, de predominio activo y colonizador ⁽³⁾.

En Husserl la motivación, que en últimas instancias es la libre determinación y voluntad humana aplicadas a un hacer, se unifica finalmente con la historicidad inmanente al sujeto humano y hace que la actividad del hombre se concrete en fines específicos. Pues bien, para Husserl, y ésta es la enseñanza que debemos recoger nosotros los americanos, los fines específicos de la humanidad occidental están dados por la concreción efectiva de la actividad meditativa del filosofar. Justamente por eso, Husserl coloca la filosofía como meta final de la vida espiritual de Occidente. De ahí que, una vez alcanzadas estas alturas, Husserl logra descubrir con iluminada ni-

⁽³⁾ Para una breve historia de este fundamental problema inherente a la evolución espiritual de Husserl, debe consultarse imprescindiblemente el excelente estudio de FRANCISCO ROMERO, *Pérdida y recuperación del sujeto en Husserl*, publicado en el libro *Filosofía contemporánea*, pág. 111-116, (Véase también pág. 102), Buenos Aires, 1944. En Husserl mismo, consúltese *Cartesianische Meditationen*, La Haya, 1950, (En especial, la Meditación cuarta).

Por *constitución del objeto* Husserl entiende no la creación o producción del objeto a partir de la actividad intelectual del sujeto, sino, por el contrario, un hacerse presentar del objeto por sí mismo, extendido espacialmente en la conciencia. Datos concretos en torno a esta cuestión capital, como así también referentes al problema de la *motivación*, pueden consultarse ahora en el Tomo II de las *Ideen zu einer reinen Phänomenologie und phänomenologischen Philosophie*, La Haya, 1952. Igualmente los tomos I (1950) y III (1952) de la citada obra fundamental.

tidez y reveladora veracidad el profundo mensaje que, como fin específico de la humanidad occidental, le muestra la historicidad de la vida humana, en los precisos momentos finales de su vejez, al contemplar soberanamente su extraordinaria obra realizada, y al “cernirse la tormenta” sobre la vida cultural de la vieja Europa.

A ese mensaje refirióse una vez, en uno de sus últimos escritos, con sencilla emotividad y grave dicción el propio Husserl al sentirse hondamente preocupado por el problema de la estructura y el destino espiritual de Europa, o lo que es lo mismo, de Occidente. Esas palabras revelan una vez más el profundo cambio sufrido por Husserl en su pensamiento, y el verdadero sentido humano con que había vivido su existencia y había proyectado el significado último de su filosofía fenomenológica. Citemos las palabras textuales del ilustre filósofo:

“...¿Qué significa esto? ¿la estructura espiritual de Europa? ¿Qué es esto? Es la idea filosófica inmanente que muestra la historia de Europa (del espíritu de Europa), o, lo que es lo mismo, la historia de su teleología inmanente, que se hace cognoscible, desde el punto de vista de la humanidad universal en general, como la irrupción y el comienzo del desarrollo de una nueva época de la humanidad: la época de la humanidad que quiere y puede vivir meramente, desde ahora, en la libre estructuración de su existencia histórica, a partir de las ideas de la razón, a partir de las tareas infinitas...” (4).

Ese fue el profundo y decisivo mensaje que Husserl dejó de la historia de la humanidad occidental, cuando se le hizo perceptible la vivencia concreta y efectiva de la historicidad inmanente a la vida humana. Para la realización específica de ese magnífico ideal Husserl trabajó incesantemente a lo largo de su noble vida, tanto en su labor intelectual como en su actitud personal, muchas veces con honda amargura, tras tantas vicisitudes sufridas, pero siempre con jovial esperanza por el futuro luminoso de Occidente. Justamente, aunque no haya trascendido mucho, esta genuína preocupación por el

(4) E. HUSSERL, *Die Krisis der europäischen Wissenschaften und die transzendente Phänomenologie*, pág. 319, La Haya, 1954.

destino histórico y espiritual de la humanidad entera, era uno de sus rasgos superiores, y entre ellos, el que lo definía espléndidamente como un ejemplo más de aquella venerable "élite" de los grandes europeos en los que se hizo carne y sangre la idea de una humanidad unida, material y espiritualmente. Pertenecía Husserl a aquella magna generación de grandes varones al estilo de Rolland, Einstein, Barbusse, Nicolai, Relligis... En su aspecto esencialmente humano, alejado un poco de la tan mentada "frialdad" del gabinete de estudio, todo esto configura un rasgo espiritual de significación singularmente simpática en esos grandes hombres que de vez en cuando nacen y muestran esplendorosamente lo más noble y puro que reina en el espíritu del hombre: la preocupación permanente por el espíritu, la cultura y el bienestar humanos y el profundo amor a la humanidad.

En Husserl, en quien la filosofía, a pesar de sus características asazmente abstractas, desvinculada radicalmente de toda falsa metáfora que pudiera acompañarla, se hace vida misma, porque Husserl no sólo fue un "filósofo" en la plena significación de la palabra, sino la *filosofía misma* hecha hombre, se alcanza a revelar y percibir el lado emotivamente humano. De ahí que, en los años finales de su vida, su pensamiento todo esté fuertemente dirigido hacia la plena posibilidad de lograr una amplia comprensión del hombre, de su cultura, de su significación y destino. Y, por fin, sobre la base de extensos estudios, todavía no publicados, acerca de una *psicología fenomenológica-transcendental*, meta final de sus investigaciones fenomenológicas, incorpora a esos mismos planteamientos, por vez primera, la dimensión *ética* en su gran obra filosófica.

A esa filosofía fenomenológica, que él consideraba cómo la teleología inmanente del filosofar occidental, a esa labor infinita del trabajo teórico que prescribía dicha orientación filosófica, y esa grave situación histórico-social que él vivió con una profundidad como pocas veces se ha dado ver, dirigió uno de sus últimos llamados de atención, en pos de la reafirmación del poder de razonar que siempre ha distinguido la vida espiritual de Occidente, y que jamás desaparecerá sino

con la desaparición de la humanidad misma. Este llamado, realizado en páginas escritas pocos meses antes de su muerte, acaecida el 27 de abril de 1938, conserva aún su plena vigencia y es quizás, y así podría ser tomado, su testamento espiritual. Dice el texto de esas palabras:

“...La crisis de la existencia europea tiene sólo dos caminos para su salida: la decadencia de Europa en el enajenarse contra su propio sentido racional de la vida, la caída en la enemistad hacia el espíritu y la barbarie, o el renacimiento de Europa a partir del espíritu de la Filosofía y a través de una definitiva superación del naturalismo por medio del heroísmo de la Razón. El gran peligro de Europa es el cansancio. Luchemos todos contra este peligro de los peligros como “buenos europeos”, con aquella bizzarria que no teme a una lucha infinita, pues llega a ser desde el fuego aniquilador de la no-creencia, desde el fuego ardiente de la desesperación, el mensaje humano de Occidente que resucita de entre las cenizas del Fenix del gran cansancio, en una nueva interioridad de la vida y en una nueva refirmación del Espíritu, en cuanto velado camino hacia un grande y lejano futuro del hombre; pues sólo el Espíritu es inmortal” (5).

Todo cuanto hemos dicho configura un tipo de genio humano, un tipo de personalidad “sui generis” a la que siempre se mirará con singular aprecio y honda gratitud. Son los tipos humanos que se celebran con mayor unción en los centenarios, cuando las figuras menores, en la escala de los tiempos, pierden su significación. Husserl habrá de tenerla siempre no sólo por lo que significa en la historia de la filosofía, sino también por su noble gesto humano y ético de sentir con decisión inalterable aquellos problemas que hacen tan íntimamente a la propia vida social y cultural de la humanidad. De ahí que nos haya resultado difícil dejar a un lado la ocasión de rendirle, desde estas latitudes americanas, el homenaje que su obra inspira, su recuerdo impone, su centenario obliga.

FRANCISCO AGUILAR

Pasaje Durando 3843, Rosario

(*) E. HUSSERL, *Die Krisis...*, edic. cit., págs. 347-348.

